Café

Marco Antonio Díaz Plaza

Capítulo 1

Café

La mañana del 26 de agosto, Raquel salió de un cuarto de hotel, muy arreglada como siempre, con unos jeans azules, blusa roja y unos tenis deportivos. Se dirigía a su trabajo con una hermosa sonrisa de extremo a extremo: la luz del sol hacía resplandecer su brillante cabello castaño y sus hermosos ojos verdes.

Había entrado por el torniquete de la estación revolución, aguardaba en el andén detrás de la línea amarilla mientras esperaba por el tren; se hallaba hundida en sus pensamientos con una imagen, aún latente, del cuerpo desnudo de Armando, un fiero amante con quien solía pasar las noches de viernes.

Se conocieron en una tarde de lluvia, durante la última semana de clases, el viento era tan fiero que logró despojar de su mano el paraguas que la protegía. Tras haber avanzado un par de calles , se refugió en una cafetería; pidió una especialidad de la casa: capuccino con baileys y ron. Esperaba a que la lluvia se detuviera pronto; sin embargo, algo desvió su mirada de repente, a unas cuantas mesas de distancia se encontraba un chico solitario con un libro de cuentos en la mano, no era ya común ver a chicos sumergidos en las páginas de un libro mientras daba pequeños sorbos a su taza con cada cambiar de página. La lluvia se intensificó, y aún debía de aguardar para no empaparse, empezó a sentir los efectos del alcohol cálido que había recorrido por su garganta y le hacían ruborizar, con cada sorbo sus músculos parecían adormecerse, no lograba desviar su mirada del rostro de aquél muchacho.

En su bolsillo algo había empezado a vibrar, tenía que volver de ese hipnótico recuerdo para atender el mensaje que recién había llegado, solo un par de palabras bastaron para que se perdiera del mundo a su alrededor, del lugar donde ella estaba situada y de la consciencia con la que actuaba: “Te amo”. Tras escuchar la alarma de las puertas abriéndose, avanzó lentamente al vació que había entre dos vagones cayendo sobre la vía donde avanzaban las llantas, era demasiado tarde para despertar, para salir de ese trance.

Salió de la cafetería con la mano sujetada por el brazo del buen mozo, la notó un poco mareada, después de las siete tazas de café con piquete, y húmeda por la lluvia. Se ofreció a encaminarla con el paraguas amplió que traía, se sentía un poco avergonzada por no poder responder o siquiera mover los labios cuando se acercó a su mesa, sentía un inmenso escalofrío que recorría desde sus pies hasta las rodillas, mal momento

para tener unas ganas tremendas de orinar.

Cinco segundos tardó el tren en avanzar, pero parecían haberse convertido en minutos, como si de cuadros a cámara lenta se tratara, vió como las llantas pasaban sobre sus brazos: rompían, quebraban y desbarataban cada centímetro de su cuerpo. Sangre, bastante sangre se derramó por lo largo de la vía, y con un último bombeo de su agonizante corazón se implantaba la última imagen de felicidad en el aún brillante verde de sus ojos:

Frecuentaban aquella singular cafetería con cierta distancia entre sus mesas y apenas había un cruce de palabras, días después compartieron almuerzo o una simple taza de mokaccino tibio.

La noche pasada, después de beber unas copas, se sostuvo del brazo de Armando, como la lluviosa noche en que se conocieron. El ascensor se dirigía a un quinto piso, no podían verse a los ojos, se sonrojaron por el duro palpitar que se escuchaba en el silencio de las cuatro paredes, pero iban en sincronía.

Tenía la mano sobre su erección y la lengua dentro de su boca, giró en armonía con la suya, mantuvo sus ojos bien cerrados, solo quiso ver a través de su tacto. Sus sexos se deseaban, mientras se despojaban de sus ropas lentamente; se desliza suavemente por su abdomen rozando cada centímetro con su labios, finos hilos de saliva van marcando un camino en su pecho hasta los genitales; la nariz siente cosquillas por los vellos; saca su lengua y lame la cabeza de su miembro; él se retuerce, inhala y exhala, muy acelerado; da una sentada, luego otra y luego otra, se embisten como un par de animales en celo y los jugos salados de sus cuerpos se evaporan por el calor de sus cuerpos.

Una lágrima salió de entre sus pestañas, se deslizó hasta llegar al pecho de Armando, era felicidad pura siendo absorbida por los poros de su amado, una misma lágrima recorrió su mejilla; ésta se secó tan pronto como el brillo salió por sus hermosos ojos verdes.